

## EDITORIAL

# ANDAR Y CONOCER

*A medida que pasan los años, son menos los rincones de las montañas que no han sido explorados, ampliamente descritos y señalizados con hitos para hacer más cómodas las ascensiones o travesías de las nuevas generaciones.*

Y es ahí precisamente donde reside el peligro de que nos vayamos adocenando, en el sentido de no preocuparnos de itinerarios, lugares adecuados para acampar, etc., porque esperamos encontrarlo bien marcado sobre el terreno... o, en último caso, ya lo sabrá el que hace de jefe o «guía» en nuestras salidas.

Sabemos —y ello nos alegra— de Sociedades que organizan Marchas de Orientación, Cursillos de Socorrismo, etc.; además de los Cursillos Técnicos, de Escalada, de Hielo y otras actividades que organizan las delegaciones provinciales de la E. N. A. M.

Pero queremos llegar, desde estas líneas, a todos los Directivos de las Sociedades y a cuantos montañeros nos lean, con una llamada para que cunda el ejemplo y se promueva el perfeccionamiento y superación de cada montañero en particular, y de cuantos comparten nuestra afición en general.

Observamos, con mucha frecuencia, que por conocido y bien marcado, el camino de acceso al «teatro de las operaciones» es «una lata», un cansarse sin obtener ninguna satisfacción; una «pega» que nos impide llegar con todas las energías frescas a la base de la «pared», del «couloir» o del tipo de ascensión que sea. Por eso se habla de «hacer» algo refiriéndose exclusivamente a la escalada, a la travesía de una crestería o a actividades similares que encierren dificultad y emoción, desdeñando la aproximación, por sencilla y falta de interés.

En consecuencia, generalmente, se sigue «en manada» al jefe del grupo, lo que impide que se desarrolle en cada individuo el espíritu de

descubridor y explorador; característica siempre latente en el montañero completo.

Creemos, pues, conveniente volver nuestra mirada sobre este aspecto, reconsiderando cuanto de exploración e investigación puede encerrar hasta una sencilla travesía.

¿Qué porcentaje de nuestros montañeros conoce y practica el uso de la brújula y de los planos? ¿Qué idea tienen acerca de las observaciones atmosféricas para preveer los cambios de tiempo? ¿Cuántos podrían decirnos el nombre y características de las especies vegetales, de las clases de roca, de los animales, pájaros e insectos que ven en sus salidas? ¿Se conoce la alimentación más conveniente y la impedimenta adecuada para realizar con mayor éxito las excursiones?

También ocurre que quienes toman estas cosas con un poco de seriedad son tachados de «repelentes» hasta por sus mismos compañeros de excursión. Pero los mismos que se jactan de no necesitar de «complicaciones» para «ir donde van otros», se sentirían más aliviados cuando, por hacerlo alegremente, se ven metidos en un atolladero —por causa de la niebla (caso más frecuente), de los despistes, de los pasos difíciles...—, si supieran utilizar la brújula, interpretar planos, y hubiesen adquirido ese saber andar que distingue al que ha puesto en práctica los conocimientos técnicos y la observación directa y personal de las cosas.

Es bueno y necesario andar. Las cimas, aún las más modestas, exigen un esfuerzo ciertamente. Pero más interesante es saber en cada momento por dónde se anda, dónde se pretende ir y estar preparado para orientarse en la dirección conveniente, evitar riesgos y esfuerzos innecesarios, y, en una palabra, sacar el máximo fruto deportivo, espiritual y formativo de nuestras actividades.

Puede ser uno un «tragamontañas», un «tío duro», sin asomo de montañero; y, viceversa, hay auténticos montañeros que pueden no haber hecho jamás una «proeza».